

NUEVA FASE EN LA GUERRA FRIA

El mundo ha vivido una crisis dramática, motivada por la colisión de influencia entre Rusia y los Estados Unidos. Cuba, en realidad, ha sido la gota de agua. La tormenta venía fraguándose desde que Jruschef, a fines de noviembre de 1958, planteó, en términos de ultimátum, a las potencias occidentales, la necesidad de llegar a un acuerdo sobre Berlín y Alemania. Pero con la implantación del régimen de Fidel Castro en Cuba, la tensión Este-Oeste empezó a tomar un carácter de amenaza directa al viejo «statu quo» de la doctrina Monroe. Y esto afectaba, no sólo al prestigio de los Estados Unidos en la política panamericana, sino también a la seguridad general del sector geográfico. Por eso, el Presidente Kennedy, en su histórica decisión de conminar a Rusia a que retirara los proyectiles telecinéticos y los bombarderos que subrepticamente había situado en Cuba y exigirle, además, que destruyera las rampas de lanzamiento allí instaladas, no se parapetaba tras la famosa fórmula de Monroe; se basaba en argumentos puramente estratégicos. Las armas agresivas que Rusia había situado en Cuba eran una amenaza para la paz del hemisferio occidental y alteraban sustancialmente, a juicio de Washington, el «equilibrio del terror». Sólo posteriormente se ha tomado la doctrina Monroe como elemento de dialéctica. El internacionalista argentino Mario Amadeo, ha dado a la doctrina un nuevo sentido: convertirla en principio de la política panamericana, es decir, en determinante de una solidaridad diplomática y estratégica contra la infiltración del imperialismo comunista.

El «conflicto cubano», como centro de interés de la guerra fría, ha derivado afortunadamente en una salida airosa para el mundo libre. Los Estados Unidos lograron que la casi totalidad de los países de toda América se alinearan en un mismo frente. La misma O. T. A. N.—cuyos miembros fueron informados por Kennedy «a posteriori» de su enérgica con-

minación a Rusia—, se consideró en el deber de ponerse en estado de alerta. De ese modo, Jruschef se encontró ante una estructura de poder que se mostraba en disposición de afrontar con todas las armas el desafío. Y Jruschef, en el dilema de aceptar las exigencias de Kennedy o exponerse al espanto de la guerra nuclear, optó prudentemente por lo primero. En lo cual el jefe soviético ha demostrado, indudablemente, que es hombre realista y que pese a las presiones de los insensatos, domina la situación interna. Henos, pues, ante una nueva fase de la guerra fría. Rusia ha retirado de Cuba sus artefactos bélicos de agresión y ha dejado que sus barcos sean inspeccionados por las unidades de patrulla norteamericanas en el Caribe. La correspondencia privada que con este motivo se ha cruzado entre Kennedy y Jruschef será, sin duda, un documento de primer orden para la historia. De momento, se ignora el contenido exacto de esa correspondencia, aunque desde luego se sabe que en ella se han tratado todos los grandes problemas que impiden la normal relación entre el Este y el Oeste: desarme, paz y unificación de Alemania, autodeterminación de los países satélites, etc.

En el desarrollo del conflicto cubano se han puesto en claro las discrepancias de fondo y de forma que dificultan hoy la relación política «interior» en los países del bloque comunista. La hegemonía ideológica de Moscú es rechazada por Pekín. Y en el coro de «satélites» se está operando una polarización dual—los unos, con Moscú; los otros, con Pekín—, como se ha visto en los congresos de los partidos comunistas de Bulgaria, Italia, Checoslovaquia, Rumania, etc. El propio Fidel Castro se ha resistido a transigir con lo que Jruschef había aceptado en nota al Presidente Kennedy: que una comisión de la O. N. U. inspeccionase sobre el terreno cubano el cumplimiento del acuerdo sobre la retirada de armas ofensivas y arrasamiento de las rampas proyectoras. Ni siquiera la capacidad negociadora del viceprimer ministro de la U. R. S. S., Mikoyan—como emisario directo de Jruschef—, consiguió de Castro, en cuatro semanas de diálogo, una actitud pasiva en este punto. Y por eso la vigilancia aérea y naval de los Estados Unidos continuará sobre y en torno a Cuba.

Ya no cabe duda: el bloque comunista acusa grietas profundas. Lo cual no quiere decir que el peligro haya menguado. El tigre herido es más peligroso. Pero el mundo libre ha visto, en ocasión de la grave crisis cubana, que su solidaridad es el más eficaz argumento para detener en su expansión al imperio rojo. Y también se ha comprobado que la cohesión

del bloque comunista no es todo lo monolítica que se pensaba. Para fortuna del mundo libre, los comunistas chinos han cometido, al socaire de la tensión USA-URSS, el error de atacar a la India, con lo cual el bloque neutralista se ha puesto en alerta y la misma Rusia no ha considerado conveniente tomar una actitud en pro de sus «camaradas» rivales. De este modo, cabe ver hoy el desconcierto y la desilusión con que los países neutrales revisan sus posiciones tácticas e ideológicas. Aunque este movimiento del neutralismo no parece todavía haber optado por su orientación más segura, está claro que empieza a mirar con menos recelo hacia Occidente. Por tanto, las postrimerías del año 1962 nos indican un repliegue general de Rusia y una crisis del neutralismo que puede resultar beneficiosa para la paz.

En las mismas presiones que Moscú venía ejerciendo sobre Berlín se nota un aflojamiento. Las últimas propuestas del Gobierno de Pankow, por boca de Ulbricht—que se entrevistó personalmente con Jruschef para analizar la situación a la luz de los últimos acontecimientos—, dan la impresión de que la Alemania Oriental busca un entendimiento con la Alemania Oeste. Y el fenómeno es tanto más interesante cuanto que podría ser el indicio de que o Pankow se desentiende de Moscú para entenderse con Bonn, o que Moscú se desentiende de Pankow para enfocar la solución del problema alemán sobre otra base. De cualquier modo, conviene estar atentos al diferente cariz que van presentando los hechos alemanes a uno y otro lado del Elba. La nueva situación que, quiérase o no, se ha creado en Bonn tras la crisis provocada incidentalmente por el escándalo informativo de *Der Spiegel*, habrá de tener sus efectos en la relación interalemana y en toda la política hacia el Este y el Oeste. Momento, pues, de transición y de movlismo en las actitudes en toda Centro-Europa. Y de todos estos cambios—cosa singular—ha sido Cuba el disparador, lo cual es la prueba de un fenómeno definitivo y definitorio de nuestro tiempo: el fenómeno de la *mundialización* de los conflictos entre los dos polos dinámicos de la política del planeta.

La temporada se ha caracterizado también por la sustancial modificación del sistema político en una de las grandes potencias occidentales: Francia ha elevado sobre el pavés al gaullismo y ha destruído el viejo sistema del parlamentarismo a ultranza. El pueblo francés ha plesbicitado a De Gaulle y su tesis. Ya no dependerá del juego parlamentario la elección de Presidente de la República; lo elegirá el pueblo directamente. Con ello se

asegura De Gaulle—o busca, al menos, asegurarse—la elección de su sucesor. Y si quiere retocar las actuales instituciones políticas más profundamente, De Gaulle tiene ahora en su mano el ejecutivo y obediente instrumento de una mayoría absoluta en la Asamblea. No sólo ha reforzado su autoridad en el orden interno De Gaulle; también podrá, si lo cree conveniente—y ocasiones no le faltarán—, recargar el acento francés en la política de Occidente. Y quizás el De Gaulle de ahora sea un interlocutor más exigente en los debates internacionales, lo mismo dentro de la OTAN que en el seno del Mercado Común o de cara a Rusia, si se presenta la coyuntura del diálogo directo con Jruschef. El nuevo protagonismo continental de Francia puede afectar, en grado importante, las actuales situaciones políticas de la familia occidental. Para ciertos «prestigios europeos», habituados a pesar por ello personalmente más que por la importancia de sus respectivos países en los debates diplomáticos, el triunfo de De Gaulle ha sido un mal negocio. Pensemos, por ejemplo, en el papel de censor que un Spaak se ha arrogado en la puerta de ingreso del Mercado Común: ¿va a seguir el socialista belga dispensando su voto o su veto por la «filia» o la «fobia» que animen su humor en cada trance? Y cosas por el estilo cabría preguntar con relación a la reticente actitud de un Fanfani sobre ciertas eventualidades intereuropeas o mediterráneas. También se impone parangonar el auge francés de De Gaulle con las asendereadas pretensiones británicas de incorporarse a la Comunidad Económica Europea sobre bases más favorables que las que se deducen del espíritu y la letra del Tratado de Roma.

Vemos, pues, que se ha alterado notablemente, acaso decisivamente, el paisaje internacional en esta dramática otoñada. No diremos que el horizonte se ofrezca despejado, pero sí más bonancible a ciertos efectos. Aunque el interrogante del querido y no logrado desarme siga proyectando su ominosa sombra de Este a Oeste.

ESTUDIOS